

el Austria. En 11 de junio de 1726 fué destituido en Francia el duque de Borbon y reemplazado por Fleury, obispo de Frejus, cuyo suceso se esperó en Madrid un cambio en la política francesa, porque el gobierno creía que un clérigo, un obispo, enemigo del duque, se había de apresurar a salir de la alianza hereje de Hanover y á ingresar en la católica de Viena; pero este era un error gravísimo que costó caro á España. En efecto, fiada en tal esperanza había apenas roto la guerra con Inglaterra en febrero de 1727 poniendo sitio á Gibraltar, y apresando un buque particular inglés, llamado *Príncipe Federico*, que volvía del Pacífico con riquísima carga, cuando advirtió que estaba completamente aislada y que ni siquiera podía esperar auxilio de los aliados con los cuales había contado á todo evento; porque la emperatriz de Rusia Catalina I murió en 16 de mayo, y el emperador Carlos VI hizo firmar por su embajador en París el último del mismo mes en 1727 los preliminares de una paz que significaba la victoria completa de los aliados de Hanover, ó lo que venía á ser lo mismo, de la política mercantil y del poder marítimo de Inglaterra. Abandonado el gobierno español por el emperador, firmó también los mismos preliminares, bien que dilató la ejecución hasta haberse convencido de que ya no había esperanza de un cambio ni en Inglaterra ni en Francia. El cardenal Fleury, que marchaba tan unido al nuevo rey de Inglaterra Jorge II como lo había estado con su padre Jorge I, había sido en el congreso de Soissons el abogado mas perseverante de la paz general, á la cual solo se oponían España y Austria. Desde un principio había hecho todo lo posible para sembrar la discordia entre estas dos potencias. En setiembre de 1726 el embajador inglés en París, Horacio Walpole, tenía ya conocimiento de un escrito en el cual Fleury descubría al rey de España, que el emperador había declarado terminantemente al elector de Baviera que nada había prometido á la corte española respecto del casamiento de sus hijas, y que muy al contrario había declarado solemnemente al duque de Lorena que las archiduquesas serían esposas de sus hijos ó no se casarían (1). Sobrevino en mayo de 1727 la deserción del emperador que autorizaba los augurios mas fatales; pero Felipe y su esposa Isabel se asieron todavía de la esperanza de la muerte de Luis XV, hasta que se desvaneció también esta esperanza con el nacimiento de un heredero del joven rey en 4 de setiembre de 1729. Entre tanto habían acabado por exasperar á Patiño las eternas peticiones de dinero del conde de Königsegg. Discípulo de Alberoni, se cuidaba como este de la restauración del comercio y de la marina española; pero en cualquier punto en que intentaba hacer algo provechoso, tropezaba con la alianza austriaca que solo costaba dinero sin utilidad ninguna. En este estado de cosas la corte de Madrid aceptó gustosa las proposiciones que le hicieron Inglaterra y Francia para una paz separada, que fué ratificada finalmente en Sevilla en 9 de noviembre de 1729.

Este tratado fué otra victoria brillante de Inglaterra. Nada contenía que se relacionase ni con Gibraltar ni con Menorca; sacrificaba la compañía mercantil de Ostende, revocaba las ventajas concedidas al comercio austriaco, y las limitaciones impuestas al inglés. En cambio prometieron los aliados dejar que fuerzas españolas dieran guarnición á Parma y Toscana para asegurar así la sucesión al infante don Carlos, obligándose además Inglaterra y Francia á defender dicho ducado y gran ducado y al infante contra todo enemigo exterior con todas sus fuerzas.

Unióse la Holanda al mismo tratado en 21 de noviembre

(1) Véase COXE, tomo 2.º pág. 382 hasta 384.

de 1729, y sobre iguales bases hizo también la paz entre Inglaterra y Holanda por una parte y el Austria por la otra. En este segundo tratado de Viena renunció el emperador á la compañía de Ostende y se conformó con la ocupación de Parma, Piacenza y Toscana por 6,000 españoles, sin ventaja para él que el reconocimiento por las potencias marítimas de su llamada *pragmática sanción* ú orden de sucesión de la familia imperial, que dejaba el trono á María Teresa.

Finalmente en 25 de julio de 1731 el gran duque de Toscana hizo un tratado de familia con España nombrando al infante Carlos sucesor suyo, con lo cual al parecer se estableció la paz de Europa sobre bases permanentes.

V.—LA ILUSTRACION EN INGLATERRA Y VOLTAIRE, SU DISCIPULO É INTÉRPRETE

En el capítulo de introducción de su obra: *Historia de mi tiempo*, examina Federico el Grande las diferentes potencias de Europa, entre las cuales ocupaba el reino de su padre un puesto tan humilde, y la marcha del desarrollo intelectual de la época en que él se había educado. Pondera que la conquista mayor del genio humano en el período de 1640 á 1740 el nuevo modo de considerar la naturaleza, producido por el estudio de las ciencias naturales y compendiado en la religión natural. Un inglés, Isaac Newton, fué quien descubrió el secreto físico del universo en la ley del movimiento y de la gravedad, en la mecánica celeste y en la descomposición del lumínico por el prisma. Otro inglés, Juan Locke, alumbrándose con la antorcha de la física, penetró en el mundo nebuloso de la metafísica; era un sabio que se despojó de todas las preocupaciones para guiarse únicamente por la razón natural. «Locke arrancó la venda del error, que había aflojado ya Bayle con sus dudas, y con mano atrevida el penetrante Leibnitz», dice Federico II en su citada obra, y luego sigue: «El genio humano ha sacudido el yugo de la superstición y se ha atrevido á examinar lo que en su embrutecimiento había adorado. De esto nació el deísmo, culto sencillo del Sér supremo, que ha sabido desprenderse de las ataduras de las preocupaciones y errores de la multitud. En Inglaterra es donde reside, y la mayoría de las personas que se atreven á pensar, son sus adeptos. A los progresos de esta religión natural debemos el espíritu de tolerancia que sujeta el furor del fanatismo y del celo religioso mal entendido; á los progresos del deísmo debemos que argucias y conclusiones equivocadas no puedan ya armar al hermano contra el hermano, al ciudadano contra el ciudadano, y convertir á la Europa entera en teatro sangriento de las crueldades mas inhumanas. En la antigüedad las sectas de los peripatéticos, cínicos y epicúreos echaron el baldón del ridículo sobre los oráculos y el culto exagerado de los falsos dioses de los gentiles, y abrieron los ojos al mundo ciego. Hoy el deísmo venga á la sana razón natural de los ultrajes que ha tenido que soportar bajo el dominio despótico de las supersticiones mas necias y de los errores mas estúpidos. Inglaterra es la sede verdadera de la filosofía. El genio varonil de esta nación, su tenacidad indestructible le dan un talento superior, valor y perseverancia para dedicarse á la investigación difícil de la verdad abstracta (1).»

Esta Inglaterra que Federico II ensalzó tan elocuentemente como la escuela de la gran civilización era la misma que Roberto Walpole administraba con su hueste whig; y el primer extranjero que cursó esta escuela en el mismo país para luego ponerla al alcance del resto del mundo fué Voltaire,

(1) Véase FEDERICO II, *Histoire de mon temps*, redacción de 1746, publicada por Maximiliano Posner, Leipzig 1879.

bien que Federico II fué el mas grande entre todos cuantos profesaban tales doctrinas.

Individualmente no tuvo Roberto Walpole ninguna parte en las tareas intelectuales de los pensadores y analizadores ingleses. Los conocimientos que poseía no pasaban de la medida de lo que un noble de provincia que había visitado el colegio de Eton, necesitaba saber para su uso particular y para encargarse á su tiempo del juzgado de paz de su distrito. No era aficionado á la lectura ni á manejar la pluma sin necesidad precisa, y fuera de su autor favorito Horacio con cuya cómoda filosofía congeniaba, difícilmente leería en todo el curso de su vida pública otra cosa mas que lo que exigía su carrera de hombre de parlamento y de ministro. Respecto de su gusto y afición á los cuadros, es cierto que no influyeron en lo mas pequeño en su índole práctica y material.

Pero tanto como su influencia fué nula en el movimiento intelectual de su país, otro tanto fué grande en la política que liberta al pensamiento de sus trabas materiales y facilita la subida de las clases medias al nivel de la ilustración general. No que se cuidó de difundir y aumentar la instrucción ni de fundar escuelas, ni tampoco de imponer la ilustración por orden superior como tantos reformadores han hecho y hacen; ni podía, aunque le hubiese gustado personalmente mas de lo que es permitido suponer, introducir reformas vastas y trascendentales en la legislación en un país tan parlamentario como el suyo; pero lo que pudo hacer y lo que hizo con extraordinario éxito, fué desarmar el espíritu de intolerancia y de persecución; tirar de la brida á los partidos religiosos siempre prontos á devorarse, y acostumbrarlos á respetar el terreno neutral del raciocinio y del pensamiento libre; facilitar á la clase media la adquisición de aquel grado de bienestar que consiente á la mayoría del pueblo horas de ocio y de desahogo tranquilas, de las cuales se aprovecha para el estudio y nace la ilustración de una nación.

En tiempo de Walpole la ausencia de fanatismo religioso era un rasgo característico del partido whig, que si luchó contra el papismo de Irlanda no fué por motivos religiosos. En los últimos días del reinado de Ana se estaban preparando á sufrir nuevos martirios los disidentes protestantes de la religión anglicana, que contaban nada menos que 1107 parroquias en Inglaterra; estos martirios debían tener efecto en Smithfield cuando el sacerdote predicador de la capilla de la secta de los independentes en el barrio de Fetter Lane, distrito de Bradbury, en Londres, que fué la primera persona en la capital que tuvo noticia de la muerte de la reina, la anunció desde el púlpito á la comunidad reunida como un suceso feliz que desbarataba los planes de los malvados. Acabó el sermón dando con efusión gracias al Todopoderoso por la subida al trono del protestante Jorge I, y después hizo cantar á los congregados el salmo 89 en alabanza del Señor que aplaca las olas del mar, y dispersa á sus enemigos con robusto brazo. La caída de los torios exaltados, partidarios de la Iglesia anglicana ortodoxa, á cuyo partido se había entregado la reina Ana, no significaba libertad ni igualdad de cultos ante la ley, sino simplemente cesación de persecución, desuso y omisión de leyes bárbaras de carácter religioso. A esto se limitó la revolución que el partido whig efectuó en la política religiosa de Inglaterra. El primer ministro distinguido de este partido, lord Stanhope, meditaba una emancipación completa de los católicos y protestantes disidentes, cuando en 1718 preparaba la anulación de la ley de 1672 llamada *test act*, es decir, por la cual todos los empleados del gobierno en los ramos civil y militar debían jurar que pertenecían al culto anglicano. La resistencia que encontró en su propio partido le obligó á desistir de una

medida tan radical y á contentarse con la revocación de dos leyes dirigidas contra los disidentes de los años 1711 y 1713 (*Act to prevent occasional conformity* y la ley de cismas ó *Schism Act*). Desde entonces estuvieron libres de multas, castigos y odiosos impuestos los maestros de aldea y demás empleados de las sectas disidentes; pero Walpole jamás quiso consentir, ni en el colmo de su poder, en derogar las leyes de corporaciones ni el *test act*; solo se dejaron en desuso hasta que paulatinamente cayeron en olvido. Al mismo tiempo cada día se admitieron mas disidentes en los empleos civiles y eclesiásticos y se aplicaba menos la ley del juramento de los empleados segun la cual había de tomar cada empleado á los tres meses de su nombramiento la comunión por el rito anglicano para hacer su profesión pública de la religión del Estado. Pues bien, en el reinado de Jorge I prolongóse este plazo hasta seis meses, y pronto se dejaron pasar también estos seis meses aplicándose la ley llamada de indemnidad que suponía tácitamente que los interesados habían dejado pasar el plazo ó por ignorancia de la ley, ó por ausencia ú otro motivo forzoso. Esta ley fué renovada con pocas excepciones cada año, es decir, en cada legislatura del parlamento, á contar desde la subida al trono de Jorge II hasta el año 1828 en que se abolió el *test act*. La ley de indemnidad no era todavía la completa igualdad de los disidentes ante la ley, y en todos los empleos que requerían la completa conformidad con la Iglesia del Estado y se proveían por elección se notaba la desigualdad de un modo sensibilísimo; pero mucho, muchísimo se había ganado ya con la citada práctica tolerante para la vida pacífica de las diferentes religiones, para la desaparición de las pendencias religiosas y la reconciliación entre los hijos de un mismo país. Esta manera de quitar á los ingleses la costumbre de disputar sobre religión fué la verdadera obra propia de Walpole. La calma, la tranquilidad, la repugnancia á aloramientos inútiles, formaban el fondo de su carácter, y además se armonizaban perfectamente con la política whig. Así Walpole encontró en los disidentes, muy numerosos en la clase industrial, un auxilio poderoso que le respetaba como su protector. Cuidó sin embargo de no darles demasiada libertad y completa independencia para que en circunstancias dadas no dieran sus votos á favor de otro partido, y además porque la completa igualdad entre los cultos disidentes y el anglicano habría enajenado al partido whig las simpatías de todos los anglicanos ortodoxos y de toda la nobleza de provincias ó propietaria del suelo inglés, que eran cabalmente las dos clases que convenía ante todo atraer á la causa de la dinastía hanoveriana y del partido whig, hasta identificarlas con ella. Podrá negarse todo motivo elevado y noble á la política religiosa de Walpole; pero lo que no puede negarse son las consecuencias benéficas que fueron su fruto; y comparándola con la política religiosa imperante á la sazón en Francia, hay que reconocer en la de Walpole hasta un grandísimo mérito.

En Francia los protestantes tuvieron por primera vez desde medio siglo días de tranquilidad, pero la anulación del edicto de Nantes quedó en pie lo mismo que todas las disposiciones accesorias crueldadísimas que habían servido de introducción á la anulación desde el principio del gobierno personal de Luis XIV. No existía, pues, ninguna protección legal contra los atropellos de algun intendente fanático que quisiera aplicar aquellas, ó del clero, que no había variado respecto de este punto no obstante las discusiones sobre su constitución interior. Pero el gobierno, ó sea la administración civil, embotada para el bien, habíase vuelto también negligente para el mal; por manera que los protestantes convertidos á la fuerza volvieron á celebrar reuniones para sus prácticas

religiosas por las cuales habían sufrido tan inmensamente sus padres. En este estado de cosas publicó el gobierno en 14 de mayo de 1724 un edicto, arrancado al duque de Borbon por un clérigo ambicioso y perverso, socio de la caterva de los *enrodados* del regente, un tal Laverge de Tressan, edicto encaminado á sumir otra vez en la desesperación á los nuevos católicos ó recién convertidos.

Los que gobernaban á Luis XV le hicieron decir en el preámbulo de la ley: «... De todos los grandes pensamientos que el rey difunto puso por obra en el curso de su gobierno, el que mas urge que sea continuado y observado, es el que se propone el aniquilamiento completo de la herejía en el reino. Por esto, apenas llegamos á la mayor edad, fué nuestro primer cuidado hacernos presentar todos los edictos, aclaraciones y demás documentos relativos á esta cuestión para renovarlos. Entonces supimos que desde unos cuantos años acá se había descuidado su aplicación, y hemos comprendido que los abusos introducidos reclaman urgente remedio, particularmente las reuniones religiosas no permitidas, la educación de los hijos, la testificación de la fe ortodoxa católica de los empleados, el castigo de los relapsos y los matrimonios, etc.» A esto seguía una serie de castigos á cual mas horribles para todos los delitos de esta clase: trabajos forzados en las galeras por toda la vida para los protestantes que se reunieran á celebrar su culto; pena de muerte para los que asistieran á estas reuniones armados, si eran hombres, y si eran mujeres corte del cabello y encierro por la vida; confiscación de los bienes de unos y otros; pena de muerte para los sacerdotes y predicadores; todo francés, entiéndase todo católico, que recogiese á uno de estos, ó que no le denunciase, tenía la misma pena que si él fuese el hereje; si fuera hombre á las galeras y si mujer á la casa de trabajo, con la confiscación en uno y otro caso de sus bienes. A los curas párrocos católicos se encargaba que vigilaran por el bien de los recién convertidos, que llevaran una lista exacta de las familias de estos que no hicieran bautizar á sus hijos en la religión católica; otra de las que no los enviaran á la escuela ó doctrina, á fin de que fueran castigadas; otra de las personas enfermas que rehusaran comulgar, las cuales según el caso debían ser desterradas por toda su vida, ó marcadas con hierro candente, siempre con confiscación de sus bienes. Debían certificar también los párrocos si los que habían sido protestantes ó eran hijos de protestantes, se conducían como buenos católicos, cuando solicitaban un empleo público, ó la licenciatura en las facultades de derecho ó de medicina, cuando querían establecerse como médicos, cirujanos, boticarios, impresores, comadronas ó abogados. Los padres que casaban á sus hijos en el extranjero ó los hacían estudiar fuera de Francia eran castigados con galeras, trabajo forzado y confiscación de bienes (1). Todo hereje volvía á estar fuera de la ley, y era expulsado de la nación francesa; los intendentes, párrocos y tribunales quedaban de nuevo autorizados para hacer batidas de protestantes, y durante algunos años sufrieron estos últimos nuevas persecuciones y crueles padecimientos. Parecía que la guerra general y comun contra los protestantes franceses debía ser la manifestación del último vigor que todavía sentía y que había quedado á una monarquía sin honra y á un clero sin fe. La suerte quiso que las víctimas indefensas del fanatismo de la Francia católica encontraran sus vengadores en la misma Francia. Cabalmente en la época en que parecían haber renacido los Le Tellier, los Foucault y Basville emigró á la Inglaterra protestante el alumno de mas talento é ingenio de los jesuitas para hacerse en aquel país lo

que fué después. Era Voltaire, que á principios de mayo de 1726 pasó á Londres como cortesano ligero y frívolo, cuyos versos fluidos habían encontrado mas aplausos de los que merecían, y que cuando regresó de Inglaterra era autor de las *Cartas filosóficas*; y volvía perrechado de las armas mas afiladas para hacer la guerra intelectual á favor de la ilustración.

Francisco María Arouet (2) nació el 21 de noviembre de 1694 en París, donde su padre era pagador en la contaduría del parlamento. Recibió su instrucción en el célebre colegio de jesuitas llamado de Luis el Grande y muy en breve mostró un modo de pensar que espantó á sus maestros. Uno de estos, el padre Lejay, le dijo una vez: «¡Infeliz, algún día serás tu el estandarte del deísmo en Francia!» El marqués D'Argenson, de quien ya hemos hablado, fué condiscípulo suyo y la amistad que entonces trabaron duró toda la vida. Al padre Porée debió los principios y la afición á la poesía, y á los 16 años declaró á su padre: «Me haré literato y nada mas», á lo cual este le contestó: «Un literato es un hombre que no quiere ser útil á la sociedad, que pretende ser una carga para sus padres y que al fin viene á morir de hambre.» Obligóle por tanto á estudiar leyes; mas el hijo, en vez de seguir esta carrera, se arrojó de cabeza en el torbellino de la vida parisiense y durante años solo se le encontró en compañía de los individuos mas conocidos por su conducta relajada. Lo único que le diferenciaba del joven perdido vulgar, era su talento asombroso para la única clase de poesía que gusta todavía á una sociedad estragada, ociosa y encenagada en los goces materiales. Algunas sátiras crueles que hizo contra el regente y la «Mesalina» su hija, la duquesa de Berry, le valieron ser encerrado la primera vez en 17 de mayo de 1717 en la Bastilla, prisión terrible para las cabezas turbulentas ó que parecían serlo. Allí estuvo once meses «flexible como una anguila, listo como un lagarto y laborioso como una ardilla», según dijo él mismo; allí acabó su *Edipo* y empezó su *Henriada*. Medio año después de estar otra vez en libertad, tuvo la tragedia de *Edipo* la primera representación en 18 de noviembre de 1718. Esta pieza pareció una obra maestra de poesía á los jueces del arte, acostumbrados como Voltaire, á confundir la retórica con la poesía, la declaración con el sentimiento patético, y colocaron á su autor inmediatamente al lado de Corneille y de Racine, y de consiguiente como es natural muy por encima de los clásicos antiguos. El mismo J. B. Rousseau le escribió desde Viena: «A pesar de mi predilección fundada por los antiguos, he de confesar que V. ha salido con gloria de la competencia con Sófocles; el francés de edad de 24 años ha triunfado en muchos puntos de los griegos octogenarios.» El inmenso éxito que obtuvo en 45 representaciones, aplaudidas siempre con igual entusiasmo, no fué debido sin embargo á la opinión favorable de los jueces en la materia, sino al público que descubrió en sus versos mil alusiones picantes á los sucesos del día, flechas envenenadas dirigidas á la regencia, y en toda la pieza un fondo de odio robusto y sano á la hipocresía clerical.

De repente se había hecho el joven Arouet hombre célebre. Adoptó el nombre de Arouet de Voltaire para firmar sus obras, y luego solo se le llamó simplemente *Voltaire*. La sociedad elegante y distinguida se disputó al célebre poeta; la coqueta mariscal de Villars se dignó dispensarle su favor; y pronto se le vió ser el héroe mimado de los salones, amigo de duques y pares, chistoso y decididor al lado de las grandes señoras y de sus hijas. En la flor de la juventud aquel hom-

(2) Véase G. DESNOIRESTERRES, *Voltaire et la société au XVIII^e siècle*. 2.^a edición. París 1871.

bre, el mas vividor, mas alegre y de mas agudo ingenio de Francia, gozaba del homenaje general, nadando en un mar de dichas, cuando dos ocurrencias, una mas fatal que la otra, se juntaron para hacerle temblar por su divinidad resplandeciente.

Descubrió que un oficial del ejército llamado Beauregard había sido su delator cuando escribió las sátiras causa de su encierro en la Bastilla; y encontrándole un día en Versalles en el año 1722, y sabiendo que el ministro de la guerra le solía convidar con frecuencia á su mesa, le dijo: «Sabía yo que se pagaban espías, pero no que se sentaban por vía de recompensa á la mesa del ministro.» Beauregard juró vengarse, y dijo al ministro que tenía intención de escarmentar al insolente poeta, á lo cual le contestó aquel con mucha calma: «Duro con él, pero cuidado que no lo vea nadie.» Beauregard se puso en acecho y pudo encontrar á mano á Voltaire junto al puente de Sevres; detuvo su carruaje; hizo bajar á la fuerza, dióle una gran paliza y desapareció volviéndose á su regimiento. El pobre poeta apaleado corrió de Herodes á Pilatos clamando justicia, pero en vano; el ministro de la guerra protegía al agresor, y el regente contestó al inconsolable Voltaire: «Señor Arouet, V. es poeta y ha recibido una paliza, cosa muy puesta en orden, y yo nada tengo que ver con eso.» Solo cuando el ministro de la guerra hizo dimisión, pudo la justicia proceder y encausar al oficial agresor en 1723; pero no se sabe cómo acabó el asunto.

De peor manera terminó el otro suceso que ocurrió dos años después. Entonces, en 1725, ocupaba Voltaire en la sociedad una posición que excedía á sus esperanzas más atrevidas. En la flor de la juventud había alcanzado lo que otros apenas logran, en el caso mas feliz, cuando llegan al fin de su carrera en este mundo, después, de una vida de penas y trabajos. Todos, eruditos é iliteratos, le miraban como el primer poeta del país; el rey le pasaba una pensión, y la reina otra, y la marquesa de Prie le tenía bajo su protección omnipotente. Con su talento, con protectores tan elevados y sus 31 años, podía aspirar en su patria á desempeñar un papel de aquellos que parecían ser hasta entonces patrimonio exclusivo de los abates; su orgullo le había hecho dar en este sentido los primeros pasos exploradores y cautelosos, cuando á su estrella plugo destruir todas sus esperanzas y dar á su vida una dirección enteramente inesperada.

Encontróse en diciembre de 1725 en casa de la actriz Adriana Lecouvreur con un caballero llamado de Rohan Chabot, el cual aprovechó la ocasión para insultar en la persona de Voltaire al plebeyo célebre, y le dijo: «Señor de Voltaire, señor Arouet, ¿cuál es su nombre verdadero?» Según unos, contestó el interpelado: «Verdad es que no arrastro detrás de mí ningún apellido retumbante, pero honro al que llevo,» y según otros dijo: «Mi apellido empieza conmigo, el de Chabot acaba con V.» El caballero alzó el bastón, Voltaire echó mano á la espada, la actriz se desmayó y por lo pronto se restableció la paz. Pocos días después estaba Voltaire en casa del duque de Sully, que le trataba como hijo por su *Henriada*, gran apología de Enrique IV y de su ministro Sully, ascendiente del protector de Voltaire. Estaban comiendo tranquilamente cuando entró en la sala un criado para decirle á Voltaire que una persona le aguardaba á la puerta del palacio y quería verle. Bajó pues y viendo un coche de alquiler parado en la calle, se fué derecho á él; dos criados le suplicaron que se acercase á la portezuela, y apenas lo había hecho, cuando se sintió cogido por detrás y una lluvia de palos descargó sobre sus espaldas, mientras desde otro coche oyó la voz del caballero de Rohan que animaba y dirigía á los robustos apaleadores hasta que Voltaire finalmente logró des-

prenderse de ellos. Loco de furor y todo molido volvió á presencia del duque, pidiendo que le acompañara á ver al comisario de policía del barrio, para hacer su declaración sobre el atropello indigno y servir de testigo; pero el duque, que hacía seis años se llamaba amigo de Voltaire, declinó toda intervención en el asunto y le abandonó á sus propios recursos. Pensaría evidentemente como el príncipe de Conti, que años atrás hasta había compuesto versos en honor del autor del *Edipo*, y que al tener noticia del caso dijo: «Los palos están mal dados, pero han sido bien recibidos;» y el obispo de Blois tradujo ciertamente la opinión íntima de todos estos grandes señores con perfecta precisión, cuando dijo: «Seríamos muy desdichados si los poetas no tuviesen espaldas.»

Ningún poeta de cuna plebeya había alcanzado jamás tanto favor como Voltaire en las esferas de la mas alta é insolentísima aristocracia, y sin embargo quedaban sus espaldas plebeyas á la merced de cualquiera sin que nadie sintiera lástima por él; todos sus admiradores y pretendidos amigos en la corte y en la ciudad se rieron de su desgracia, como se habrían reído al ver apaleado á cualquier rústico de sus tierras; y tan poderosa era la familia de los Rohan, que la misma marquesa de Prie no pudo hacer nada en favor de su protegido, al cual no quedó mas recurso que pedir satisfacción con las armas. Noche y día durante muchas semanas fué este su único pensamiento; tomó alojamiento y lecciones en casa de un profesor de esgrima, y se hizo amigo de los guardias mas robustos del rey y de espadachines de oficio. A pesar de que su constitución corporal no era á propósito para semejante vida, estaba decidido á convertirse en un jaque, como los bravos de Italia, para hacer temblar á toda la raza de Rohan. Los que le conocían bien, no tomaron la cosa tan por lo serio; y su mejor amigo D'Argenson dijo que Voltaire era un ejemplo de la regla de que casi nunca coexisten en un mismo individuo el valor físico y el moral. «El alma de Voltaire, añadía D'Argenson, es tan intrépida que sería digna de un Turena, de un Moisés, de un Gustavo Adolfo; mira las cosas desde gran altura, emprende lo que quiere y nada le espanta; pero por su cuerpo teme el peligro mas insignificante; en fin es un cobarde consumado.» No pensaba así la policía que empezaba á ver ya en Voltaire al bandido, terror del país, es decir, de los aristócratas, mas temible por sus ataques armados que por sus sátiras y versos. Su encierro estaba decidido y en 28 de marzo de 1726 quedó firmada la orden de prisión. En 17 de abril envió Voltaire su cartel de desafío al caballero de Rohan, que lo aceptó, y fijó para el combate las nueve de la mañana siguiente; pero tuvo la precaución de comunicarlo á su familia, la cual acudió al duque de Borbon y logró que el terrible poeta fuese preso y encerrado en la Bastilla aquella misma noche.

Quince días después, en 2 de mayo, fué puesto en libertad, pero desterrado. El comandante de aquel terrible castillo, De Launay, había tratado al poeta no como preso sino como amigo; le comunicó aquel día que el rey y el duque le habían perdonado, pero bajo la condición de marcharse directamente á Inglaterra, y que á este efecto le acompañaría el señor Condé hasta Calais, donde permanecería hasta ver á su prisionero en alta mar. En 5 de mayo llegó Voltaire con su vigilante al citado puerto, de donde salió para Inglaterra 4 ó 5 días después.

Allí están fechadas sus «*Cartas filosóficas*» ó como dicen algunas ediciones: «*Cartas sobre Inglaterra*.» En la primera de éstas, dice: «Al desembarcar en la proximidad de Londres estábamos en medio de la primavera; el cielo estaba completamente despejado como en los días mas hermosos en el Mediodía de Francia; una suave brisa del Oeste refres-

(1) Véase *Jabez*, tomo 2.^o pags. 359 hasta 361.